



PUERTA DE LOS CARROS EN LA ALHAMBRA.

ORIGEN DEL CONDADO DE BARCELONA.

El señorío de Barcelona es el único que estuvo en alguna ocasión revestido de los atributos de soberanía entre los numerosos de Cataluña.

Un germano llamado Otgar, gobernador de Guinea, al ver esta provincia española sujeta á los infieles, lleno de pena al ver su miserable estado, juntó siete bravos compañeros, los cuales se pusieron al frente de sus respectivas cuadrillas, compuestas de infanzones valerosos, los que atravesaron la barrera de las fragosas sierras que se levantan en el citado territorio. Muerto Otgar cuando tenía puesto cerco á Ampurias, le sucedió en el mando uno de los ilustres varones que componían sus huestes. Mas no pudiendo vencer la resistencia de la plaza, porque un numerosísimo ejército mahometano la defendía, tuvieron que retirarse los caballeros cristianos á las asperezas de los Pirineos, donde residieron hasta que el ejército de Carlo-Magno, con el cual se juntaron, hizo la célebre entrada, invadiendo la mayor parte de la provincia.

Uno de los condes mas señalados por sus crueldades y rapiñas fué Bera: á las incesantes quejas de los súbditos, promulgó un edicto Carlo-Magno para favorecer aquella gente oprimida, mandando á Bera y á todos los gobernadores cesasen en sus vejaciones, y comisionando al arzobispo de Arlés para averiguar los padecimientos públicos y hacer justicia á las víctimas. El conde fué acusado por Sumila, no sólo de robos, sino de traición tratada con Alhaken; quedó Bera vencido por la ley, y resultó convicto del delito y condenado á la pena de muerte,

la cual fué conmutada en la de destierro en Ruan por la clemencia del emperador.

Renovaron los cristianos sus tentativas contra Tortosa, aunque no fué muy afortunada la empresa, y sus conquistas llegaron hasta los márgenes del Ebro. Caro fué el precio que costaron estas victorias: lo cierto es que mientras vivió Alhaker no fueron los tiempos tan gloriosos para los generales de Luis el Bondadoso, rey de Francia, protector de Bernardo, á quien se le encomendó el feudo de Barcelona. Mas cuando subió al trono de Córdoba Abderraman, fueron tales las discordias intestinas en el reino mahometano, que los belicosos condes volvieron á emprender sus correrías, llegando hasta Toledo, donde volvieron cargados de ricos despojos, y los invasores se retiraron apresuradamente, con menoscabo del poder, porque los árabes se apoderaron de Barcelona.

Pasó por aquel tiempo el conde Bernardo á la corte de Luis, quien le concedió el empleo de gran chambelan, y le encargó la educación de Carlos el Calvo (á quien indignas habillitas le hacían hijo del conde) por cuya elevación se acarreó el odio de los altivos hijos del monarca. Bernardo trataba con mucha familiaridad á la emperatriz Judit, y con este pretexto lo persiguieron y tuvo que huir del inminente peligro que le cercaba refugiándose á España, hasta 821 en que volvió á la corte de Luis, declarada la inocencia de la emperatriz.

Lotario, enemigo de Bernardo, envidioso de las nuevas dignidades que alcanzaba aquel en la corte, se vengó, quizás en el amor mas puro que abrigara el corazón de Bernardo, y para ello violó la santidad de la clausura, prendiendo á su hermana la monja Gerberg que mandó ahogar en el Arar calumniándola de hechicera.

23 DE JULIO DE 1834.

Otro rival del conde llamado Berengario, por fuerza ó por ardid, le quitó la ciudad de Tolosa en Francia. Aconteció en esto la muerte del bondadoso rey, y le adjudicó á Carlos, su hijo menor, la soberanía de Cataluña y de la Galia gótica.

Pipino, príncipe rebelde, nieto de Luis, envidioso de que en la repartición de su abuelo no le tocara parte alguna, se echó sobre Aquitania é hizo presa de ella.

Temeroso Bernardo por la muerte de Luis, y de la nueva corte, se puso en favor de Pipino; mas fué llamado por Carlos su soberano á hacerle pleito-homenaje por su feudo. Al principio se resistió á comparecer, aunque con pretextos plausibles. Al saber el conde que sus razones no satisfacían á Carlos, se apresuró á presentarse á la corte, y desarmar la cólera del príncipe con su presencia, y viéndose incapaz de resistir á su rey, fingió abandonar á Pipino, y llegando al congreso, se arrojó ante Carlos, para hacerle pleito homenaje. Carlos le asió con la mano izquierda y le atravesó el corazón con un puñal, que en la derecha ocultaba: dióle al cadáver un puntapié y exclamó: «Tal es tu merecido castigo, por haber ensuciado el tálamo de tu señor y mi padre.»

A. C.

UN ANGEL EN EL MUNDO.

FANTASÍA.

Al Sr. D. Gregorio Cruzada y Villamil,

DIRECTOR

de la colección de bustos de hombres célebres.

Sería en mi una muestra de ingratitud no consignar el nombre de Vd. en una de mis humildes páginas, cuando en una ocasión aun reciente su apoyo me ha sido tan útil. El recuerdo que aquí le dedico servirá para hacerle ver que tengo igual memoria para el bien que para el mal que se me hace.

PABLO GAMBARA.

I.

CAIDA DEL ÁNGEL.

Entre los ángeles de luz había uno mas bello que sus hermanos, que se llamaba *Aroma*, porque se formó del perfume de una rosa del Paraíso. Yo quisiera describirle; ¿pero cómo pintar con el humano pincel las perfecciones de un hijo del cielo? La palabra humana no pinta, no hace mas que despertar memorias adormecidas, y ningún hombre ha visto un ser de la patria de *Aroma*. La imaginación de los poetas solamente despliega sus alas de fuego y llega con ellas hasta aquellos vergeles en que las flores renacen eternamente; pero cuando vuelven á nuestro mundo no pueden contarnos sus maravillas. *Aroma* era hermosa; pero en su rostro brillaba la tristeza. Se asemejaba al véspero, el mas hermoso y el mas melancólico de los luceros. Su voz era dulce como el suspiro de la brisa entre los sauces que se inclinan tristemente sobre las aguas del lago. Llegaba al alma sin que la percibieran los oídos. Su corazón era una llama eterna de amor. Una noche (era noche en el mundo, no en aquellos lugares de ventura, en que el día no tiene término y un sol eterno alumbra la eterna felicidad). *Aroma* abrió sus alas y descendió hacia la tierra. Según iba bajando, su cuerpo se materializaba por decirlo así, y tomaba la humana forma. Apareció primero como una blanca nube que flota en el piélago azul del espacio, á los argentados rayos de la luna; luego como la vaga ninfa de la niebla que llevan las auras sobre las aguas tranquilas, en las cuales reflejándose al par que el cielo aparece coronada de estrellas. Luego, en fin, al posarse sobre una roca del Pirineo, tomó la forma de una mujer.

Si algun poeta la viera en aquel momento, la juzgara el genio protector de España; si un joven la hubiese visto, hubiera conocido en ella á la hija de sus sueños, á la belleza que su imaginación ofreció á sus amores.

¿Qué venia á hacer en el mundo? ¿Por qué abandonaba las moradas celestiales para posarse en la áspera tierra? No se sabe. Dicese que todos los ángeles viven en la tierra un día de su existencia, y luego vuelan al cielo con las personas que los han amado.

Apenas tomó la forma humana, el sueño de la inocencia se apoderó de sus sentidos, y quedó reclinada sobre un lecho de césped cubierto de flores silvestres, que embalsamaban con sus aromas el aura de la

noche tranquila. Servíala de pabellón un árbol añoso, cuya hojosa copa argentaba el pálido rayo de la luna, que brillaba como un astro de plata en el cielo despejado y azul como la superficie de un espejo. Cerca de allí se desprendía de entre dos rocas un claro arroyo, que con sus murmurantes aguas fecundaba aquel oasis de la montaña. Todo estaba sumido en el silencio de las tumbas, y el ángel de los sueños velaba el reposo de la naturaleza. Un viajero errante, que cruzó el Pirineo en aquella noche de maravillas, dice que oyó en los aires una melodía celeste que llegaba al corazón sin penetrar por los oídos. No comprendió sus palabras, porque no pertenecían al lenguaje humano; pero la memoria de aquel canto misterioso quedó eternamente grabada en su memoria, como queda en el tronco del árbol la inscripción que esculpe el amante. Los años la ocultan acaso á la vista, cubriéndola con musgosas cortezas; pero queda inalterable bajo de ellas. Este canto era el adiós de los ángeles á su hermana que los abandonaba por algun tiempo, y traducido á nuestra lengua, en cuanto es posible traducir el lenguaje divino, decia de esta manera:

Paloma que abres las alas,
Y abandonando tu nido,
Entre flores escondido
En el árbol del amor,
Vas á cruzar el desierto,
Que es mar de arena abrasada,
Donde del sol agostada
Muere en capullo la flor.
Adios, adios.

No te engañe la laguna
En que se refleja el cielo,
Que cieno oculta su velo
Cristalino y seductor;
Si en él te arrojaras ciega
Marchitarías tus galas,
Y se mancháran tus alas
De nacarado color.
Adios, adios.

En ese valle de lágrimas
Un árbol hermoso crece,
Que apacible sombra ofrece
Bajo un toldo de verdor.
No reposes á su sombra,
Que es el árbol de la muerte,
Y de su ramaje vierte
Un veneno matador.
Adios, adios.

Invisibles á tus ojos
Velaremos tu sosiego,
Con nuestra espada de fuego
Armados en derredor.
Mas no podremos librarte
Si olvidando tu destino
Dejas el recto camino
Por la senda del horror.
Adios, adios.

Cuando el ángel, ya mujer, despertó de su primer sueño, no conservaba del pasado sino un recuerdo vago y confuso, una aspiración á la felicidad desconocida que sienten todos los poetas, y que quizá tenga el mismo origen. Buscándola á ciegas recorren con pasos inciertos el universo: penetran en todas las cavernas, descienden á todos los abismos, suben á todas las alturas; se arrojan al pie de los altares de la ciencia ó ahogan su pensamiento en los placeres del vicio; se esconden en la soledad ó se confunden en el piélago tormentoso de la civilización, y el objeto que buscan se aleja al paso que ellos avanzan, como la estrella que brilla en el horizonte, y que persigue el inocente niño; cuando creen haberla alcanzado se deshace entre sus manos como el iris de colores, y su dolor se desahoga en inútiles quejas que el mundo no comprende; aunque algunas veces las aplande porque le estasian como los incomprensibles acentos de una melodía divina.

En el primer momento la belleza del mundo iluminado por la aurora y vestido de Su Magestad deslumbró á *Aroma*, como sin duda en la primera mañana del mundo debió de deslumbrar á Eva la vista del Paraíso.

Las montañas aparecían teñidas de un vago color rosado que tornasolaba también los cielos azules. El aura embalsamada con los perfumes de los capullos que abrió por la noche la mano de los genios,

murmuraba entre los árboles y las rocas; surcaban las aves campesinas, adornadas con colores mas brillantes que los del iris, mientras otras escondidas entre el ramaje cantaban sus amores y saludaban al nuevo día. Las aguas de los arroyos corrían transparentes, reflejando en su corriente argentina y coronada de aljofaradas espumas el resplandor del astro de la luz, que brillaba á medias tras las pardas y gigantescas rocas como el casco de pedrería de un guerrero que subiese por la montaña; todo era hermosura, todo era poesía, y la tierra parecía levantarse y salir de las sombras como una doncella que ha heroseado el amor, y deja su régio lecho para recibir á su amante.

La joven entusiasmada al ver tantas maravillas, volvió los ojos, buscando algun ser con quien compartirlas, porque para las almas grandes gozar á solas no es gozar, y vió detrás de sí á un joven hermoso, pero en cuya anchura frente que parecía contener un Océano de pensamientos borrascosos, el dolor habia marcado su sello. Los ojos de este hombre despedían de sus negras pupilas un rayo de cárdeno fuego, semejante al que los ángeles de luz ven salir de las peñas cosaboca del averno, entre la noche eterna que la circunda; su sonrisa dolorosa no agitaba mas que un extremo de sus rojos labios, y sus ojos la desmentían; pero su voz era tan dulce como el eco de una lira del Paraíso, y conocía el camino de los corazones. Oyéndole hablar se olvidaba la repugnancia que su aspecto producía, ó mas bien se trocaba en compasión y ternura. Su palabra era un filtro mágico cuyo poder confiesa el dolor de los que le probaron.

Este joven misterioso se adelantó algunos pasos hacia Aroma, que sin saber la razón, se sentía agitada á su vista como el ave á la de la serpiente, pero que como ella no sabia huir, y tomándola una mano que la joven sintió abrasarse con un fuego desconocido que corrió con la sangre por todas sus venas hasta su corazón, la dijo:

—Salve rosa del desierto, estrella que desprendida del manto de la noche has quedado olvidada entre las rocas. ¿Adónde diriges tus pasos?

—Yo no sé, respondió Aroma, sintiendo su alma conmovida por aquella voz de melodía que hacia vibrar las fibras de su corazón, como el aura de primavera las cuerdas de las liras eolias; todo lo que veo es nuevo para mí. Siento dentro de mí algo que me dice que he vivido antes de ahora; pero no aquí, porque no he visto estos lugares hasta hoy. Si tú los conoces mejor que yo, sírveme de guía en sus intrincados senderos, y dime quién es el autor de tantas maravillas.

—El señor de este mundo soy yo, dijo el desconocido; mi nombre es Luzbel, y solo hay un poder que se compare con el mio, poder con quien luto desde el principio de los siglos, y que si bien algunas veces me ha vencido, es impotente para destruirme. Sígueme, y yo seré tu guía, yo dirigiré tus pasos inciertos al puerto de la felicidad, porque míos son todos los placeres de la tierra. Mi rival no ofrece en ella sino penas y dolor, y quiere que los que siguen sus banderas expien su nacimiento como una culpa. Injusto siempre, da deseos y prohíbe satisfacerlos; ofrece á los ojos de los sedientos la copa de agua clara y fresca, y se indigna si la llevan á los labios... Sigue mis pasos; yo no soy cruel, y yo te enseñaré á gozar. Yo te daré placeres que no has imaginado nunca ni en sueños, y tan vivos, tan embriagadores, que hay quien por gozarlos un momento renuncia á su eterna felicidad.

Así habló el ángel del mal, y la inocente niña, confiada á causa de su misma inocencia, se dejó convencer por sus palabras, que como los dulces ecos de una música, despertaban sus sentidos y adornaban su razón en un éxtasis de delicias. Así en la lucha del bien y del mal el mal vence siempre en el corazón de la mujer, á menos que en la lucha tome parte la esperiencia; pero la esperiencia es hija de la culpa, y el sepulcro de la inocencia la sirve frecuentemente de cuna.

Aroma y Luzbel, después de caminar un rato llegaron á una pequeña calle de árboles que entrelazando sus hojosos ramajes, muchos de ellos cubiertos de blancas y aromosas flores, formaban una rústica bóveda impenetrable á los rayos del sol. Una alfombra de césped esmaltado de flores cubría la tierra esponjada con las lágrimas de la aurora, y escondidas en sus nidos las palomas campesinas y las tórtolas enamoradas, dejaban oír por intervalos sus dulces arrullos. El génio del misterio velaba á la puerta de aquel voluptuoso paraíso del amor humano, y en su centro sobre una concha de nácar y oro saltaban en perlas las armoniosas aguas de la fuente del placer.

Luzbel ofreció á Aroma una copa de oro llena hasta los bordes de aquellas aguas mágicas, y apenas la inocente niña la llevó á sus labios, su razón se nubló y su frente se inclinó vencida por los espíritus del sueño. Recostóse á la sombra de una acacia y se quedó dormida.

Entonces el ángel de las tinieblas se inclinó sobre ella, y con sus candentes labios imprimió un beso en su frente virginal, que quedó marcada con un sello indestructible como el que el verdugo imprime en la espalda del criminal. Levantóse en seguida, y contemplando su obra exclamó sonriendo de un modo horrible. —Ya eres mía, y se desvaneció como un fantasma formado por los vapores de la niebla.

II.

REDENCION.

Ay de la flor que arrancó de su tallo el viento de la tempestad! sus hojas inodoras y marchitas ruedan esparcidas entre el polvo, y el viajero las huella con su planta indiferente. ¿Quién guarda un recuerdo de la estrella que perdió su luz y flota eclipsada en el oscuro oceano de lo infinito? ¿Quién tiene una lágrima para el ángel caído que llora lejos de su patria en el silencio y la soledad?

Aroma ha conocido el dolor. Su senda empieza donde acaba la del amor humano, en el fondo de cuya copa hierve siempre una gota de hiel. Vedla cómo camina fatigada por ásperas y pedregosas sendas, dejando en ella un rastro de sangre de sus heridos pies, desgarrándose las manos con las agudas espigas de las ramas en que se apoya para subir. Sus ojos estan cuajados de lágrimas que corren por sus pálidas mejillas como las gotas de rocío por el nacarado cáliz de la azucena; sus entreabiertos labios no tienen fuerza para formular una queja ni una súplica, como los del moribundo en sus últimos momentos, que solo puede hablar con sus miradas.

¡Que hermosa está así! Acaso nunca ha radiado tan vivos resplandores el sol de su belleza como en este momento de dolor y de desesperación; porque la primera falta de la mujer la enseña á pensar, enseñándola á sufrir, y con el pensamiento se desarrolla en ella una nueva hermosura. Además, el arrepentimiento la corona con una aureola de poesía tan bella como la de los ángeles. Y con todo, á pesar de su hermosura, Aroma solo encuentra desprecios y befas en su camino. Los que la encuentran apartan de ella los ojos como de un objeto repugnante, y nadie ofrece una gota de agua á sus labios abrasados. ¡Pobre ángel sin alas! ¡Ay de la mujer culpable de amor!

En un recodo del áspero camino, á la sombra de un cedro secular, en cuyos ramos anidan las águilas, y en cuyo tronco se han escondido los rayos de cien tormentas sin conseguir derribarle, se eleva sobre un amarillento pilar la celestial imagen de la virgen Maria. Adornan el pilar y la imagen ofrendas de flores entreabiertas que ha colocado allí la fé sencilla á los pastores; quizá tambien la fé salvaje de algun bandolero, porque Maria es una creación tan bella que no hay corazón que no impresioné. La poesía cristiana lleva en esta parte gran ventaja á la poesía de todas las demas religiones. Los génios, las sílfides, las Willis, son quizá mas bellos que los ángeles; la lira del poeta filósofo creó antes de Jesucristo la imagen del Justo; el destino es tan grande y tan bello como el dios vengador de los hebreos; pero ¿qué religion tiene una figura como la de Maria, la virgen y la madre, la union simbólica de todas las bellezas de la mujer sin ninguno de sus defectos? ¿Qué religion tiene una Magdalena, el simbolo de la purificación por medio del amor, la mujer que, habiéndose dejado arrastrar por sus pasiones, llega á ser indigna del aprecio de los hombres, y que á fuerza de amor consigue hacerse digna del amor de Dios? Por esto la religion cristiana será siempre en el fondo la religion de los poetas de corazón, la religion de todos aquellos cuya fé es un sentimiento de amor inefable y una aspiración al ideal de la belleza abstracta.

Aroma se arrodilla á los pies de la imagen de Maria como una hija á los pies de su madre, y mas bien con el corazón que con los labios invoca su ayuda como el marinero en la nave desarbolada juguete de las olas y los huracanes. Su oración debió elevarse en los aires como el perfume de un pevetero, y llegar á los pies del Altísimo, bañada en sudor de sangre como la de Jesús en el huerto de las Olivas, porque fué escuchada, y el ángel de la muerte descendió invisible entre las auras, y selló en la frente de la apenada niña un ósculo de paz. Es cuerpo cayó rendido y exánime como el capullo de donde ha salido la mariposa de brillantes colores, y el alma del ángel volvió á desplegar sus alas de luz y se remontó á los cielos, donde tomó asiento entre los ángeles sus hermanos. Vano sería buscar entonces en su frente el sello del ángel de las tinieblas, porque estaba borrado por el llanto del arrepentimiento, y en su lugar lucía la corona del martirio.

En el lugar donde su cuerpo reposa, los aldeanos han colocado sobre él una piedra blanca que la primavera rodea de flores, y á quien da sombra el doliente ramaje de un melancólico sauce. Sobre esta piedra lee el caminante esta sencilla inscripción: *El amor derriba á los ángeles de su trono; pero el amor tambien les da alas para subir de nuevo á él.*

Dios ama al ángel inmaculado, pero ama aun mas al ángel purificado por el amor.

PABLO GANBARA.

LA LEYENDA DE WHITTINGTON Y DE SU GATO.

Encima de la puerta de Newgate, prision de Londres, se veia hace algunos años un bajo relieve que representaba un lord corregidor con un gato á los piés. Esta escultura, de principios del siglo XV, hacia contraste con el blason de los príncipes y caballeros de la misma época, que consistia en un leon real ó en un noble lebrél; sin embargo, el pueblo de Londres no saludaba con menos respeto al gato de Newgate, y aun hoy dia, que gastada la piedra por el trascurso del tiempo deja apenas adivinar las figuras de estos escudos de armas po-

pulares, se canta con entusiasmo una balada célebre de Whittington y su gato.

A fines del siglo XIV, un caballero del condado de Lancastre, llamado Sir William Whittington, murió arruinado por las guerras de Eduardo, recomendando un huérfano á la generosidad de sus parientes y de sus amigos; pero Sir William habia olvidado que los parientes y los amigos de los caballeros que mueren pobres no hacen caso ordinariamente de recomendaciones de este género. Bien pronto su hijo, el pequeño Ricardo, se encontró abandonado de todos, sin que nadie quisiera ni alimentarle ni reconocerle siquiera como hijo de un pariente ó de un amigo. Sin pan y sin asilo, y errando á la ventura por el camino que conduce á Londres, vió pasar á un carretero con direccíon



(Armas árabes.)

á esta capital, y recordando todo lo que habia oido de su esplendor y su magnificencia, pensó que en una poblacion donde habia tan ricos palacios y tantos banquetes reales, no podia menos de hallarse un asilo y un pedazo de pan para el hijo de un oficial arruinado en el servicio del rey; resuelto pues á llevar á cabo su plan, suplicó al carretero le permitiera seguir á pié su pesado carro, y este buen hombre no solo se apresuró á concedérselo, sino que le dijo que de cuando en cuando podia subirse sobre los fardos de mercancías y descansar allí: esto era en parte tambien útil para el carretero, porque el pequeño Ricardo cuidaba de los caballos y del carro mientras que su amo se detenía en las tabernas ó entraba á visitar sus conocimientos: despues de muchos dias llegaron á Londres, una tarde al ponerse el sol, sin que Ricardo hubiera hecho gastos de ningun género durante todo el camino.

Ricardo durmió aun aquella noche sobre el carro, esperando en que al despertarse al dia siguiente se encontraria hecho un ciudadano, ó al menos un vecino como otros muchos que poblaban la famosa capital, y no un pobre huérfano de una pequeña villa de provincia, situada á cien leguas de la corte. Al dia siguiente, sin pensar Ricardo en desayunarse, se puso á recorrer las calles de Londres, abriendo los ojos todo lo mas posible cada vez que él hacia una parada, tanto para admirar las infinitas bellezas que jamás él habia visto, como para dar lugar á que le invitaran á entrar en los elegantes y suntuosos edificios que absorbían su atencion. Pero cuando se hubo paseado largo rato sin que se fijara en él la multitud de los transeúntes que iban y venian, el pobre Ricardo medio muerto de admiracion, de hambre y de cansancio, tuvo la feliz idea de imitar á otro niño mas desgarrado aun que él, y alargar la mano para recibir de limosna algunos suel-

dos, con los cuales compraba lo necesario para comer; pero á la siguiente noche tuvo que acostarse sobre un banco, y durmió acaso mejor que los dueños de los soberbios palacios, ó que aquellos que le vieron pasar con indiferencia; sin embargo, sus sueños, si llegó á tenerlos, no fueron tan dorados como los de la víspera.

Ricardo continuó su viaje por Londres el segundo y el tercer día, hallándose cada vez mas triste y mas desanimado, viéndose en la necesidad de guarecerse por las noches bajo los aleros de los tejados, porque en los vastos departamentos y en las casas donde él hubiera deseado lograr cualquier rincón, ó un pequeño escondrijo, se le miraba con desprecio, y ni aun siquiera se le permitía aproximarse á la puerta.

Este último día se vió disputar su lecho de piedra por una criada de muy mal humor, que asomándose á la ventana de la cocina le llama haragan, y le amenaza con arrojar sobre su cabeza, si no se retira, toda el agua caliente que tenía para fregar.

—Poco á poco, buena mujer, dijo el pobre huérfano un poco asustado por tan estraña amenaza, yo estoy acostumbrado á la lluvia del cielo y al rocío de la mañana, pero no sé la impresion que causa el agua hirviendo.

Esta respuesta que fué oída por el dueño de la casa, le hizo reír mucho. Era este un rico comerciante llamado Mr. Fitzwaren, que interponiéndose entre la adusta cocinera y el insultado jóven, le preguntó, divertido con su sencillez, si quería entrar y se le daría decenar. La criada refunfuñaba y murmuraba entre dientes, pero fué obligada á darle de cenar, y destinarle luego un cuarto con una mullida cama que el pobre huérfano agradeció en el alma, perdonándola la antipatia con que le había mirado hasta allí. Nuestro buen Ricardo creyó ver realizadas sus mas caras ilusiones, y que era ya ciudadano de Londres, objeto de toda su ambicion. Al día siguiente le preguntó Mr. Fitzwaren qué era lo que sabia hacer, en qué podría emplearlo, y otras preguntas que le llenaron de embarazo porque él no podía ofrecer mas que su buena voluntad. El comerciante no por eso dejó de tratarle con benevolencia y decir que le cuidaran los criados; encargo de que hicieron muy poco caso, porque á los pocos días el pobre Ricardo era ya como vulgarmente suele decirse el burro de carga de la casa. Bajo el pretexto de que no era bueno para nada, todo el mundo le utilizaba en su esfera, desde la cocinera hasta el último criado, teniendo cuidado de llamarle antes holgazán. Ricardo comprendió luego que el mejor medio para librarse de la tiranía de la cocinera era entrar como dependiente en el mostrador de Mr. Fitzwaren. Hizo pues á su modo la corte al viejo comerciante; halagóle cuanto le fué posible; esmeróse en complacerle hasta en las cosas mas pequeñas, hasta que adquiriendo la conviccion de que le había inspirado ya interés, creyó oportuno suplicarle le enseñara á leer y escribir; Mr. Fitzwaren se prestó al momento á complacerle.

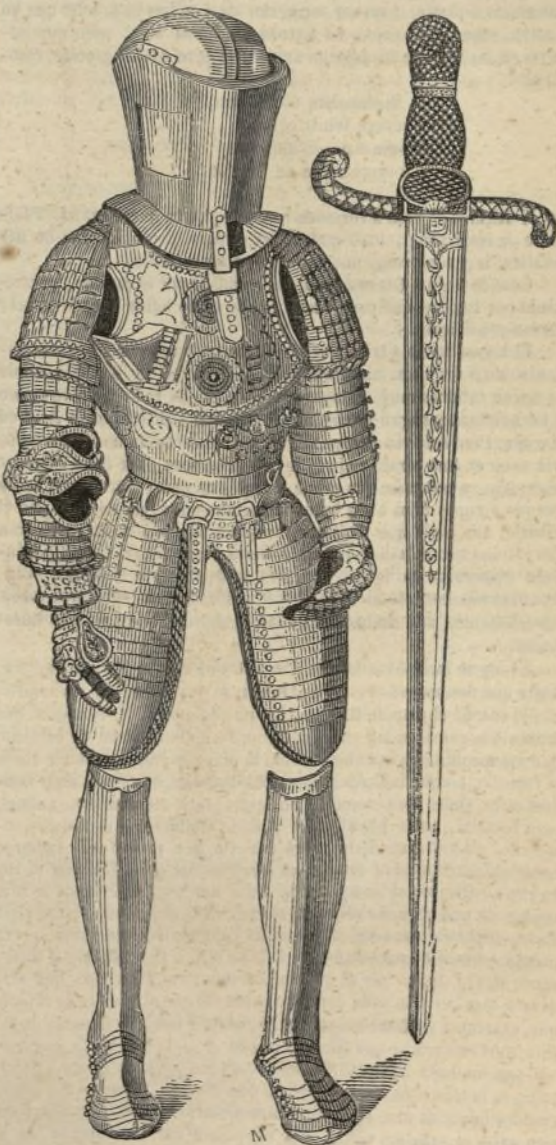
Una tarde que hubo grande ruido en la casa viéndose correr á todos en direccion del jardin se oyó llorar á Miss Alice, hija de Mr. Fitzwaren, observándose que los ojos de todos se hallaban fijos en las ramas de un árbol donde estaba encaramado un papagayo. El malicioso pájaro decia por burla todo cuanto sabia, pareciendo burlarse de los que tanto se afanaban por cogerle. Era el papagayo de miss Alice, que acababa de escaparse, mas bien por mala indole que porque pensara en huir, porque estos pájaros, antojadizos y glotones, se avienen perfectamente con las dulzuras de la cautividad, prefiriendo su cadencia y su jaula á la vida errante é incierta del aire libre.—Ricardo no vaciló ni un momento, y así que le echó la vista encima se apresuró á subir al árbol. Dos minutos despues bajaba ya Ricardo con su prisionero, el que no lograba su libertad á pesar del afán con que repetia sus picotazos. Conmovida miss Alice por tan espontáneo servicio en obsequio de ella, le dió un *schelling* nuevo.

¿En qué le empleó Ricardo? Cuando acostado sobre un monton de paja ó sobre un banco de piedra, soñaba Ricardo con una grande y bella casa cubierta de teja ó de pizarra, no dudaba el que llegando á conseguir esto algun día le destinarian á un rincón del desván ó granero, refugio de los ratones: su sueño pues se hallaba realizado; pero los ratones que por vecinos tenía armaban por la noche tal gresca y un ruido tan infernal que ordinariamente no le dejaban dormir. Con el *schelling* de miss Alice compró Ricardo un jóven gato que se le vendió como de buena raza, y que en efecto, poco tiempo después podia rivalizar con Bominagrobis, Grippeminaud y todos los que ha inmortalizado en sus versos el famoso La Fontaine. Teniendo por compañero á tan bravo y fiel aliado, Ricardo durmió de allí en adelante con entera tranquilidad.

Algun tiempo despues reunió Mr. Fitzwaren todas las personas de su casa para advertirlas que se iba á emprender un largo viaje en uno de sus buques; por lo tanto, que deseando que todos aquellos que le servian tomaran parte en sus aventuras, les invitaba á que cada uno remitiera á bordo su pequeña pacotilla. Como el buque debia visitar las costas de Africa y muchos pueblos de salvajes, el objeto menos in-

significante podia tener allí su valor. Unos traian agujas; otros cuchillos y diges, y otros abalorios, que en esta época los preferian los salvajes á las perlas finas y á los diamantes de su pais. Pero cuando tocó el turno á Ricardo Whittington, se ruborizó al ver que no poseia mas que un gato; pero impulsado luego por un movimiento de ambicion, remitió el pobre animal al capitan, como la mercancía que formaba su pequeña pacotilla. Esto escitó en alto grado la risa de todos; pero como Mr. Fitzwaren acostumbraba á que sus dependientes hicieran el comercio como quisieran, dijo: ¿qué es lo que veis de sorprendente en eso? y luego mandó al capitan que admitiera á bordo el gato de Ricardo.

Al día siguiente todos se reian aun de la idea del pobre Ricardo, pero él lloraba de verse separado de su mejor amigo. Fué tan grande



(Armadura de Boabdil.)

su sentimiento, que á pesar de habérsele considerado capaz de poder servir de dependiente á Mr. Fitzwaren, resolvió ir á embarcarse con su gato en otro buque luego que supo que el de Mr. Fitzwaren se había detenido unos días. Sin decir una palabra á nadie se salió muy temprano por la mañana y se dirigió hácia el buque, confiando en que su capitan le admitiria como grumete. Ese instinto de la mar y de los viajes tan natural en los ingleses influyó sin duda en esta resolucion.

Ricardo se dirigió alegre y contento hácia Holloway, sentóse sobre una piedra que todavía se llama la piedra de Whittington, y bien pronto empezó á sentir esa tristeza que en momentos solemnes se apodera del alma, y que domina y agobia á ricos y pobres cuando abandonan á su pais.

¿Quién sabe, exclamó luego, donde me conducirá este buqué? De Londres á las islas salvajes hay alguna mas distancia que de Lancastre á Londres. Creo que al menos haria una buena obra con dejar aquí á mi pobre gato. Era el día de todos los Santos, y en el momento de hacer el huérfano aquella reflexion, las campanas de la iglesia de Bow daban la señal de la fiesta á las demas campanas de Londres. Ricardo oyó bien distintamente en aquel instante las palabras siguientes:

Di-din-don, di-din-don.
Conrage Whittington,
Di-din-don, di-din-don,
Tú serás maire de London!

—¡Yo seré corregidor de Londres! exclamó Ricardo; hé aquí lo que me anima á partir; para ser corregidor de Londres es preciso que yo vuelva, y que vuelva rico. La fortuna me llama lejos; pero qué importa, si los honores me esperan aquí! el viaje será feliz; gracias, campanas!

Di-din-don, di-din-don,
Conrage Whittington,
Di-din-don, di-din-don,
Tú serás maire de London!

Y Ricardo se puso á correr de contento, hasta que llegando á fallarle la respiración, tuvo que aliojar el paso, pero sin cesar de dar vueltas, ir y venir como uno que cree en las estrellas.

Cuando llegó á Gravesend, fué admitido por el capitán, y acariciado por su gato, que cumpliendo con su oficio habia tomado ya acta de las provisiones.

El buque se dió á la vela al día siguiente, y recorrió los mares durante uno ó dos años, hasta que abordó á una isla de Berberia donde se hacen cambios muy ventajosos, porque en ella se halla polvo de oro y los habitantes pagan pródigamente con ello todo cuanto se lleva de Europa. Pero esta vez en lugar de recibir una acogida hospitalaria, se vió venir en una piragua al rey negro en persona para dar á entender al capitán, y escusarse que el buque inglés no podia entrar en la bahía porque algunos años atrás habia importado un navio europeo, sin él saberlo, una plaga que tenia consternada á toda la isla. La plaga eran dos ratones que se habian pasado á tierra desde el navio, multiplicándose despues de tal modo, que todo lo destruian y todo lo comian, amenazando por esto el hambre á la poblacion sin encontrar medio sus habitantes para deshacerse de tan incómodos y tan voraces huéspedes.

El rey se mostró indiferente á cuantas ofertas le hizo el capitán, hasta que desesperado ya del mal resultado que su empeño iba teniendo, le enseñó el gato de Ricardo. Luego que supo S. M. el empleo que tenian los gatos en las casas de Europa, exclamó lleno de contento que los mismos que le habian traído la plaga le proporcionaban ahora el remedio, porque ingleses habian sido aquellos, é ingleses eran tambien estos. Quiso pues comprar á cualquier precio el interesante animal; pero Ricardo, parte por afeccion y parte tambien por espíritu de comercio, no quiso venderle; pero advirtió que podian sin embargo hacer un contrato para utilizar los servicios del gato. Convino el rey en ello, y Ricardo se comprometió á dar una vuelta por toda la isla, recibiendo una pequeña prima de oro por cada raton que estragulase *Puss*, este era el nombre del gato. El contrato fué concluido, y tan pronto como el buque entró en la bahía, bajó á tierra Ricardo, empezando su expedicion por el palacio del monarca. *Puss* hizo una verdadera carniceria en cada casa; no puede decirse el número de ratones que pasaron á su famélico estómago, porque la suma importa poco; pero conviene referir que Ricardo no abandonó la isla hasta que reunió una inmensa cantidad de oro, llegando algunos hasta añadir, testigos oculares de esta historia, que llevaba á bordo dos pipas grandes llenas de oro. El capitán hizo promesa á S. M. negra de traer cien gatos el próximo viaje, y el rey, para dar una prueba de lo mucho que agradecia esta oferta, compró todo el cargamento del buque al precio que quiso marcarle el capitán.

Algun tiempo despues se hallaba Mr. Fitzwaren tranquilamente sentado á la mesa con su hija, cuando llaman á la puerta y entran el capitán y Ricardo. Mr. Fitzwaren estaba lleno de inquietud por no recibir noticias de su buque despues de tanto tiempo como hacia que se habia dado á la vela, y en cuanto á Ricardo, ignoraba lo que podria ser de él despues de su desaparicion. Sorprendido pues con su presencia, tardó un poco en reconocerle, porque un año de ausencia habia hecho un hombre de Ricardo, y para ir de Plymouth á Londres se habia puesto un traje elegante, que hacia resaltar notablemente su airoso talle. Por modestia se hizo anunciar esta vez como el pequeño Dick, que era el nombre con que se le conocia antes en la casa. Mr. Fitzwaren recibió mucho gusto en volverle á ver, lo mismo que Miss Alice, y cuando el buen negociante supo el capital tan grande

que traia, le dijo:—¡oh amigo mio! ahora sois mucho mas rico que yo.—No señor, contestó Ricardo, yo sé muy bien lo que debo á Vd. y vengo á pagárselo; todas mis riquezas pertenecen á Vd.—Mi amigo, exclamó Mr. Fitzwaren, demasiado honrado para abusar de este nuevo reconocimiento, veo que sois ingrato y que os olvidais de alguno. Ricardo se sonrojó.—Si, añadió sonriendo Mr. Fitzwaren; no teneis presente á vuestro gato.—¡Ah! exclamó Ricardo, nunca olvidaré que le compré con el dinero que me dió Miss Alice.—Señor Ricardo, dijo Miss Alice poniéndose tambien encarnada, Vd. lo ganó bien, porque se espuso á romperse un brazo, ó tal vez á matarse, subiendo á tan elevado árbol solo por mí y por cogerme el papagayo.

—Si no partiremos, dijo Ricardo, que no queria que sus ofertas fueran totalmente rechazadas. Y hablando así miraba á Miss Alice con el aire de un pobre jóven recogido por la caridad, pero con la expresion mas bien de urbanidad que vergonzosa de un jóven que se creia digno por su nacimiento, y por los sentimientos del corazón de las tardias reparaciones que le hacia la fortuna.

Yo no veo mas que un medio de arreglar esto, interrumpió monsieur de Fitzwaren, dirigiéndose á Ricardo, tomaré vuestro dinero y lo colocaré en mi caja, pero desde este día sereis mi socio, y tendreis parte en todos mis negocios. Convenido de este modo, Ricardo hizo regalos á todos los de la casa, inclusa la regañona cocinera, pero distinguiendo sobre todos al oficial mayor que le habia enseñado á leer y á escribir. Nadie quedó descontento ni tuvieron envidia uno de otro. Dick, llamado en adelante Ricardo Whittington, fué tratado como si hubiera sido siempre rico, y su gato fué cuidado y considerado como la perla de los gatos. El del marqués de Carabas no estaba tan cuidado y tan atendido, de tal modo que se dice que *Puss* llegó á comprender su importancia, y á enseñar sus dientes y poner crispado el pelo siempre que se le llamaba con familiaridad. Es verdad que al principio no fué mas que un gato de graneros y desvanes, pero luego se convirtió en gato de salón, llegando Miss Alice á acariciarle y á mimarle tanto, que su lorito se hubiera muerto de pena y de envidia á no haberle tomado Ricardo por su cuenta, y prodigándole todas las caricias y todos los mimos que dispensa Miss Alice á su gato.

Pasáronse algunos años, y Ricardo con su aplicacion y su asiduidad en el despacho de los negocios, logró ver triplicado su capital. Un día Mr. Fitzwaren le hizo venir con Alice y les dijo: Hijos míos, he visto con mucho gusto el cariño tan vivo que os profesais; tengo ya bastante edad, y deseo que os caseis antes que el señor me llame á sí. Y se casaron. Este día fué el mas feliz de la vida de Ricardo, porque el pequeño ambicioso habia pasado desde el primer día que vió á Miss Alice que la pediría por esposa, tan pronto como llegara á ser rico. Todas sus esperanzas estaban realizadas. Miss Alice se echó en los brazos de su padre, como una hija que gozosa por obedecer á su padre obedecía tambien á las tiernas emociones de su alma.

La boda fué brillante.

El gato llegó á ser viejo, pero siguió ocupando su puesto de honor. Ricardo Whittington fué nombrado Sheriff de Londres, y al año siguiente (1361) lord-corregidor como las campanas se lo habian prometido. Todas las campanas de Londres se echaron á vuelo el día de su instalacion en Guildhall, y el gato tomó tambien su parte del triunfo en la elegante carroza de la municipalidad.

A los dos de esta ovacion murió *Puss* y fué empajado para conservar su retrato. Ricardo Whittington en su cualidad de primer magistrado de la capital dió un espléndido banquete al rey Enrique V cuando hizo su entrada victoriosa en el reino. Ricardo Whittington, hombre que sabia hacer muy buen uso del dinero, habia prestado al rey una suma considerable de dinero para atender á los negocios de la guerra, y cuando el monarca quiso devolverle aquella suma arrojó al fuego los billetes delante de él.

Ricardo Whittington y su mujer fueron sumamente felices, dejando una descendencia rica como ellos, y que perpetúa su reconocimiento por el gato poniendo su retrato en su escudo de armas.

CAZA DE LOS INSECTOS Y MARIPOSAS.

Y MEDIOS DE CONSERVARLOS EN COLECCIONES.

(Conclusion.)

La raquetti está destinada particularmente para coger los insectos de aguijón que no se podrian coger y pinchar sin peligro; pero sirve tambien para coger los demás insectos pequeños cuando estan parados sobre las flores. Cerrando el instrumento se cierra á un mismo tiempo al insecto y la flor; se pincha al insecto al través de las dos gasas, por medio del cuerpo si es bastante grande, y si es muy pequeño en el ala derecha, y en seguida se abre la raquetti para dejar la flor y meter al insecto con su alfiler en la caja.

BUSCA DE MARIPOSAS Y DE INSECTOS.

La caza de insectos, y sobre todo la de mariposas, es mas fructuosa en la primavera. Sin embargo, diremos que las hay por todas partes: en las praderas, en los campos, en los jardines, en los bosques, en las florestas, en las fuentes, en los mares, en los rios, sobre las yerbas, sobre las ramas, sobre las hojas, sobre las flores, sobre los frutos, en las cortezas y en los troncos de los árboles.

En cuanto á las orugas, tienen sus habitaciones mas particularmente determinadas por las plantas que las sirven de alimento, y que convienen á cada una de sus especies. Se las debe suponer en los árboles cuyas hojas estan medio roídas, y en este caso para hacerlas caer basta dar en el tronco del árbol un golpe muy seco y repentino, sea con el pié ó con un palo fuerte.

En cuanto al alimento y sustento de las orugas, para hacer de ellas un insecto perfecto, nuestros jóvenes amigos leerán mas adelante lo que conviene para la educacion de los gusanos de seda, teniendo presente que es necesario poner en las cajas en que se conserven, una capa de salvado muy fino y muy seco, para que las orugas puedan sumergirse, cuando acostumbra á hacerlo para verificar su metamorfosis.

Las orugas en capullo y los cocos que se encuentran en los árboles, se deben igualmente conservar en botes llenos de salvado.

PREPARACION DE LOS INSECTOS.

La conservacion de los insectos propiamente dichos exige poca y algunas veces ninguna preparacion. Basta mudarlos de la caja de caza á la de conservacion, ó pincharlos, si al cogerlos en lugar de hacerlo inmediatamente nos hemos contentado con meterles en el frasco del aguardiente, cosa sumamente necesaria para conservar mas frescos los colores de ciertos insectos.

Hay sin embargo algunos insectos cuyas patas es necesario preparar, conservándolas á distancia del cuerpo. En este caso, poco tiempo después de su muerte, y antes que sus patas hayan adquirido demasiada tersitud, es necesario hacerlas tomar la posicion conveniente. Si el insecto se seca en mala posicion, es muy fácil ablandarle esponiéndole al vapor de agua cojiendo, ó bien pinchándole durante algunos momentos sobre estopa mojada, después de cubierto con ella para evitar el contacto del aire.

PREPARACION DE LAS MARIPOSAS.

Esta clase de preparacion exige mas cuidado. Se fija la mariposa con el alfiler con que se la tiene prendida en una de las hendiduras de la plancha de corcho, se la bajan las alas, y se estien sobre el corcho en la posicion que ocupan cuando va volando, sujetándola con cuatro tiritas de papel, clavadas al corcho con cuatro alfileres, es decir, una tirita y dos alfileres para cada ala: la tirita debe estar bastante apretada para sujetar las alas, que no deben ser picadas con los alfileres. Algunas veces son necesarios dos y aun cuatro alfileres para conservar las alas en su direccion natural.

CAJAS Y CUADROS DE COLECCIONES.

Cuando las mariposas estan bastante secas, lo que sucede ordinariamente á los tres ó cuatro dias cuando son pequeñas, y á los ocho, diez, doce ó quince cuando son grandes, se las quita de las planchas y se las clava en las cajas destinadas á conservarlas, que son lo mismo que las de caza, guarnecidas de plancha de corcho de tres á cuatro pulgadas de espesor.

Cuando se quiere tener dos individuos de la misma especie, se colocan el uno sobre el otro, de modo que presenten el uno la faz de arriba y el otro la de abajo. Tambien se puede, aun cuando no se tenga mas que un solo individuo, verle por ambos lados, teniendo cajas de cristal, y fijando en el cristal del fondo pedacitos de corcho, en cuanto se pueda sostener la mariposa.

En lugar de poner los insectos y las mariposas en las cajas es mas elegante colocarlas en cuadros grandes, en los cuales se pueden hacer muy bonitos dibujos y figuras muy bellas, teniendo cuidado el tamaño y los colores de insectos y mariposas.

PREPARACION DE LAS ORUGAS.

La preparacion de las orugas cuando se quieren conservar en el estado de tales es aun mas difícil. Se practica una abertura en la parte inferior del cuerpo de la oruga, y se la aprieta en toda su longitud, empezando por el lado opuesto hasta que salgan las vísceras é intestinos: en seguida se introduce por esta abertura un tubito de cristal ó una pajita muy delgada, se ata el borde del pellejo con un

hilo, y se sopla por el tubo hasta que el pellejo se llene de aire; en seguida se mete la oruga en el cuello de un embudo que haga bastante tiempo que esté entre ceniza bien caliente, y allí se le conserva bastante tiempo, dando vuelta al tubo sin sacarlo de la boca. De esta manera el continuo calor que se desprende del embudo, absorbe en seguida la humedad que se desprende del pellejo, y conserva siempre la forma que se le ha dado al soplar. Entonces se quita el tubo, ya está preparada la oruga, y se la coloca en la caja ó en el cuadro, pegándola con un poco de goma.

CONSERVACION DE LAS COLECCIONES.

Los medios de conservacion de insectos, de mariposas y orugas, son sobre poco mas ó menos los mismos que para la conservacion de las plantas y yerbas. Es necesario alejar los insectos dañosos cubriéndolos con papeles, y rociando los corchos con disoluciones de alumbre, pimienta, alcanfor, esencias y trementinas. Pero ninguno de estos medios es absolutamente eficaz, y solo á fuerza de cuidado y de revisarlas con frecuencia se pueden conservar en buen estado.

OTRA COLECCION CURIOSA DE MARIPOSAS.

Terminaremos lo concerniente á la mariposa por este método muy ingenioso para conservarlas en colecciones. Se da con un pincel en una hoja de papel blanco muy fuerte una ligera capa de goma muy pura disuelta en agua destilada con una cantidad muy pequeña de sal comun purificada. Después de haber guardado la mariposa dos ó tres dias muerta, se la cortan las cuatro alas, y se colocan sobre el papel engomado la superior debajo y la inferior encima, teniendo cuidado de dejar de entre las cuatro alas suficiente hueco para el cuerpo: se tapan con una hoja de papel muy fino, y encima se ponen tres ó cuatro de otro mas fuerte, y se meten en prensa entre dos cartones. Terminada esta operacion se quitan con mucho cuidado con la punta de una aguja las membranas de las alas que han quedado perfectamente impresas con todos sus colores en el papel engomado: y dibujando el cuerpo queda una mariposa pintada con la mayor perfeccion.

MODO DE TRATAR A LOS GUSANOS DE SEDA.

Creemos que debemos unir á estas pequeñas cazas algunas instrucciones particulares sobre el modo de tratar los gusanos de seda.

Los gusanos de seda se pueden tener en grande, dejándoles crecer sobre las mismas moreras, y haciéndolos hilar después en habitaciones y aun en edificios considerables y construidos al efecto; pero esto es para personas que estudian este ramo de economia rural ó los tienen por especulacion de comercio; y esta especulacion necesita muchos detalles de que no nos ocuparemos, y solo diremos algunas palabras sobre lo que se hace en una escala mucho mas pequeña, y que solo es á propósito para distraer á los niños.

MODO DE ESCOGER LA GRANA.

Los huevos de los gusanos de seda, á que se da el nombre de grana, se conservan generalmente de un año á otro en hojas de papel blanco, porque en ellas es mas fácil distinguir la forma y el color. Se deben preferir los huevos mas blancos, que son largos, aplastados hácia el centro, y que presentan por encima una capa rojiza, que han sido fecundizados por el macho.

PRIMERA EDAD DEL GUSANO DE SEDA.

Generalmente cuando se ha conservado la grana en un paraje á propósito y se la ha preservado de los rayos del sol, se abre al mes de mayo: entonces aparece el gusano como un pequeño hilo negro, casi imperceptible, se le coge entonces arrimándole la estremidad de un papellito enrollado, al cual se adhiere, y de este modo se les trasporta; se continua esta operacion, conservando el papel de los huevos hasta que los blancos se hayan vuelto negros y rojos, lo que indica que todos estan vacios.

Mientras los gusanos son muy pequeños se les levanta siempre con el papel enrollado para renovar las hojas de su alimento; y cuando son grandes se les muda, dejándoles caer sobre hojas, sin tocarles con la mano, lo que siempre perjudica su salud.

ALIMENTO.

Hemos indicado el cogollo de la lechuga como primer alimento, y aunque esta sustancia es muy tierna y por lo mismo muy conveniente, se podría reemplazar con la hoja de morera blanca, que constituye el alimento ordinario de los gusanos de seda, y que no tardarian en madurarse en nuestro clima.

Siendo muy perjudicial la humedad en los alimentos, se tendrá cuidado de enjugar las hojas que á este efecto se destinen. Para conservarlas en un estado conveniente, se cuidará en el momento de arrancarlas del árbol, de apretarlas entre las manos para aplastarlas y abrirlas bien; en seguida se colocan unas sobre otras con todos los rabos de un lado, y se vuelven á pensar, envolviéndolas en un lienzo húmedo; en seguida se meten en un puchero de barro bien lavado, tapándole en seguida y poniéndole en un sitio muy fresco.

Es necesario mudar todos los días las hojas, limpiando la caja en que están los gusanos, dejando las hojas nuevas sobre las antiguas, esperando que los gusanos se hayan subido sobre ellas para quitar las otras.

TEMPESTADES Y ENFERMEDADES.

Los gusanos de seda son muy sensibles á las impresiones de los cambios atmosféricos, y para preservarles de las conmociones eléctricas que le hacen experimentar las tempestades, se dice que es muy bueno poner clavos muy gordos con la punta hacia fuera cerca del sitio en que ellos se hallan.

La principal enfermedad de los gusanos de seda es la tiricia, y cuando la padecen se ha de tener cuidado de ponerlos aparte, y de tirarlos cuando les dura mucho tiempo, dejan de comer, estan continuamente estendiéndose y tienen un color livido.

Es necesario no confundir este estado con el que presentan cuando mudan la piel, porque entonces tambien pierden el apetito, dejan de comer y adelgazan, y entonces es necesario dejarles tranquilos contentándose con tener mas cuidado de preservarles del viento húmedo.

CAPULLOS.

Cuando el gusano ha concluido de crecer, hace su capullo, para volverse á convertir mas tarde en crisálida, y se conoce que está propenso á hacer su capullo en que deja de comer del todo, encoge el cuerpo que se le vuelve blanco y después trasparente, y siempre está separado de los demás haciendo continuos movimientos con la cabeza, de la que se empiezan á ver salir hilos de seda.

Para facilitarles el medio de hacer su capullo, si son en pequeño número, se los mete en cucuruchos de papel abiertos, para que puedan salir, si no tienen efectivamente intencion de hilar. Si por el contrario son muchos, bastará encerrarlos en cajas de carton grandes, y ponerles ramitos de árboles sin hojas, á las cuales adhieren los primeros hilos de su capullo.

CRISÁLIDA Y MARIPOSA.

Cuando está concluido el capullo, para saber si el gusano se ha transformado en oruga, ó se sacude el capullo, y si se le siente bullir dentro, es cierto que se ha verificado su metamorfosis: entonces, después de haber quitado del capullo toda la borra en que está envuelto, se busca el cabo de la seda, y se la divide en pequeñas porciones, y teniendo mucho cuidado sobre todo de no meter el capullo en agua caliente que mataría las orugas; y se conserva por fin los capullos sin la seda en cajas llenas de salvado, para que no estrechen unos contra otros.

Luego de este capullo sale una mariposa, que es el gusano de seda, convertido en insecto perfecto.

Se conocen los machos por su cuerpo mas largo en el movimiento mas agitado de sus alas; y las hembras por su cuerpo mas corto, y sus alas tambien mas cortas y menos agitadas. Estas mariposas ponen muy pronto los huevos y no tardan en morir.

Para que estos huevos produzcan á la primavera siguiente nuevos gusanos se deben conservar en un paraje seco y sin calor artificial, es decir, que no hace falta tenerlos durante el invierno en una habitacion caldeada por una estufa, ó en armarios situados al lado de chimeneas.

A GLAFIRA.

DE DOMINO NEGRO.

Preste el amor su idea
Al pensamiento, que en tu busca gira:
Quiero que el alma crea
Que eres tú la beldad por quien delira.
Al través de la máscara vi un cielo:
Vi la sonrisa con que tú sonries.
Néctar y aroma en cáliz de rubies
Brindabas á mi anhelo.

Eras, Gláfira, tú. Vi tu mirada,
Que deleites augura.
Por el deseo el alma iluminada
Descubrió tu recóndita hermosura.
De tu voz el encanto
Hirió mi pecho con tu voz fingida;
Sentí en todo mi ser, sentí un quebranto
Inefable, y mas dulce que la vida.
Bajo el guante miré tu linda mano,
Digna de acariciar los querubines;
Formada, cual prodigio soberano,
De nácar, rosas, lirios y jazmines.
Ese espíritu leve,

Que por tus venas rápido se agita,
Y colora de púrpura la nieve.
Entró en mi pecho, que de amor palpita.
Espíritu sutil, que amor derrama
De la tierra en el seno,
Y la cubre de flores; las estrellas
Con mayor luz inflama
En el éter sereno:
Al aire da las mariposas bellas,
Los perfumes suaves,
El canto de los silfos y las aves.
Así renacen en el alma mia
Juventud y poesta.

Como maná del cielo, tus amores
Han de saber á cuanto el alma quiera:
Filtro genial, esencia de mil flores
Darán al alma, en verde primavera.
Si tú me amases, Gláfira, no hubiera
Dicha igual á mi dicha. Solo un beso,
Un beso solo de tus frescos labios
Puede llevar el alma á un paraíso;
Darle en un punto, y con mayor esceso,
Cuantas la mente de amorosos sabios
Fingir encantos y delicias quiso.
Nadie, cual tú, comprende
La inquietud de mi amor y devaneo.
De tus hermosos ojos se desprende
La luz, do vive eterno mi deseo:
Mágica luz, do veo,
Cuando el color de la esperanza toma,
Musas, Gracias divinas,
Y Huries oji-negras de Mahoma
Con las Peris danzar y las Ondinas.
En tu blando regazo
Tal deliquio mi espíritu gozara,
Gláfira, si tu amor me concedieras,
Que unido al tuyo por estrecho lazo,
Ver la luz del Olimpo imaginara,
Y la música oír de las Esferas.
Ay! temo que no quieras
Lograr conmigo el singular contento,
Que amor promete á quien de amores sabe;
Mas en tu egregio y claro entendimiento
Entendimiento del amor bien cabe:
Y espero que perdonas,
Ya que no les des vida,
Estas enamoradas ilusiones,
Que me tienen el alma derretida.

JUAN VALERA.

CUESTIONES ANAGRAMÁTICAS.

Hallar en:

EN TOBOSO HAY UNA ARDILLA
QUE BAILA DE CORONILLA.

- 1.º Un apodo usual.
- 2.º Una flor.
- 3.º Un rey de Babilonia.
- 4.º Una tela usada para forros.
- Y 5.º Nombre que se da á una encargada de educacion.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.